

LOS PREMIOS DE ARQUITECTURA DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID (1901-1918)

Por Pedro NAVASCUES
PALACIO

*Diploma del
Ayuntamiento de
Madrid a las casas
mejor construidas o
reformadas.*



COMO poco antes habían hecho París y Barcelona, el Ayuntamiento de Madrid creó a comienzos de nuestro siglo unos premios para fomentar la arquitectura en la ciudad, no sólo a nivel estético, esto es, su facies urbana, sino en lo que a sus instalaciones y materiales se refiere, con el deseo de incitar a propietarios y arquitectos a introducir mejoras en la diferente tipología edilicia. La breve historia de estos premios municipales es muy desigual, y cuando de algún modo llegaron a institucionalizarse, cuando empezaron a despertar un interés grande, tanto en los sectores profesionales como en la opinión pública, aquéllos desaparecieron. Ignoro el motivo, pero no deja de ser curioso que en Barcelona ocurrió un fenómeno análogo e incluso más breve,

pues, habiéndose inaugurado allí este premio en 1900 con la Casa Calvet de Gaudí, se otorgó el último en 1912, al Hospital de San Pablo de Doménech y Montaner (1). Nuestra trayectoria fue algo más dilatada, pues, desde su creación en 1901, dejando aparte posibles antecedentes (2), hay indicios seguros hasta 1918, si bien más tarde y esporádicamente el Ayuntamiento distinguía algunos edificios. Sirva de ejemplo en este sentido, y excepcional por su calidad, el llamado vulgarmente Capitol, en la Gran Vía, obra de Vicente Eced y Luis Martínez Feduchi, que ostenta en su fachada la siguiente lápida: «La Villa de Madrid a Don Enrique Carrión creador de este edificio, Octubre, 1933».

Aquí me referiré tan sólo a los concursos celebrados a partir de una

propuesta de Alberto Aguilera, quien como Alcalde de Madrid propuso al Ayuntamiento, en la sesión de 8 de diciembre de 1901, la creación de un premio «a las mejores construcciones que se realicen en esta Corte» (3). Al mismo tiempo presentó un breve articulado que, con más o menos modificaciones, regiría posteriores convocatorias. El edificio premiado debía reunir en primer lugar y como aspecto más urgente, las condiciones óptimas de habitabilidad (4) y sólo en segundo término «las condiciones de perfeccionamiento en el estilo u orden decorativo de la fachada e interior del edificio». El jurado estaría compuesto por el Alcalde, un vocal de cada una de las Comisiones de Obras, Ensanche y Conservación de Monumentos propuestos por aquéllas, un Académico de la de Bellas



Miguel Mathet y Coloma y Jerónimo Pedro Mathet y Rodríguez: *Compañía Colonial*, en Mayor, 16 (1908).

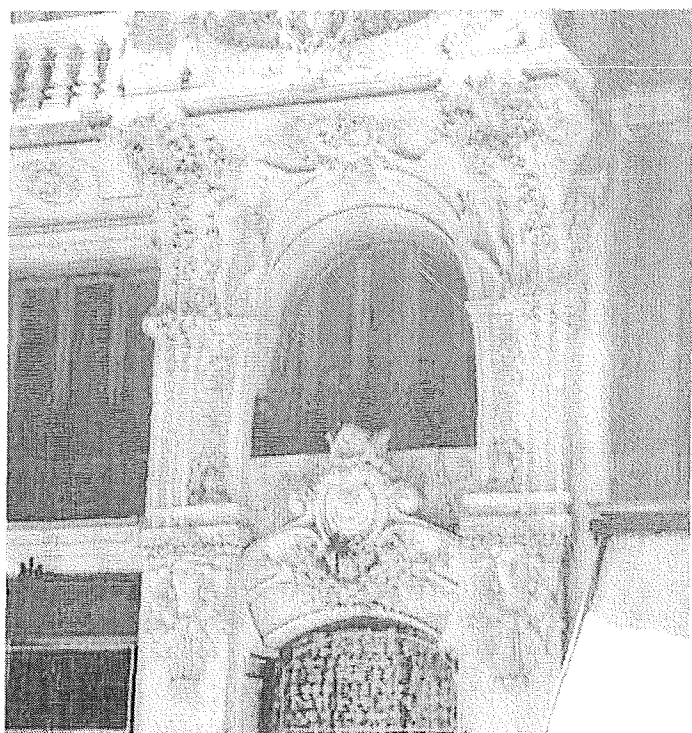


Miguel Mathet y Coloma y Jerónimo Pedro Mathet y Rodríguez: *Compañía Colonial* (1908). Detalle de la fachada.

Artes de San Fernando, un miembro de la Sociedad Central de Arquitectos, un representante de la prensa profesional y otro de la prensa diaria. Alberto Agullera propuso un premio único, consistente en un diploma y una cantidad en metálico de cinco mil pesetas, para el arquitecto, si bien luego prosperó una modificación que hacía partícipe también al

propietario de la finca en cuestión. El edificio premiado ostentaría una placa en la fachada haciendo mención a la distinción alcanzada, si bien es cierto que luego el Ayuntamiento nunca cumplió con esta entrega. El hecho elocuente de cargar el importe de aquella cantidad en metálico al capítulo de Imprevistos, hizo naufragar en sus comienzos tan loable

iniciativa. No conozco, si es que lo hubo, el destinatario de aquel primer premio que sería para los edificios terminados en 1902, pero las cosas no debían de estar claras cuando, en 1903, de nuevo se volvió a la idea de instituir unos premios anuales para premiar no sólo los conceptos arriba señalados, sino incluir también en ellos «las tiendas o comercios mejor



Miguel Mathet y Coloma y Jerónimo Pedro Mathet y Rodríguez: *Compañía Colonial* (1908). Detalle de la fachada.



Eduardo Lerrer Puig: *Hotel Palace* (1912).

decorados artísticamente», así como, el «mejor proyecto de construcción o modificación de alguna calle o plaza» (5).

El primer premio del que tengo noticia data de 1905 y recayó sobre la casa propiedad del arquitecto Félix de la Torre y Eguía, en Velázquez, 68, que contaba con una entrada modernista de poco interés entre cuerpos de mampostería encintada muy tradicionales (6).

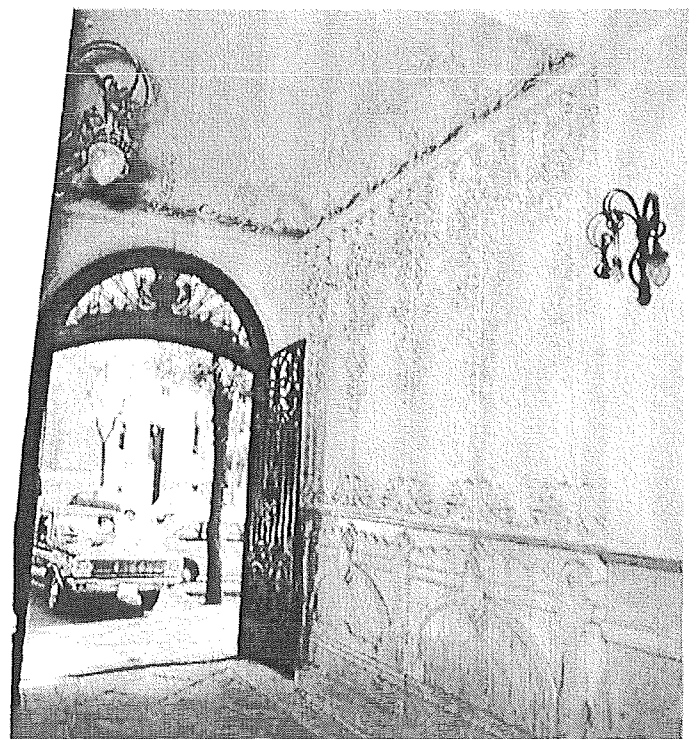
La idea inicial de Alberto Aguilera en cuanto a la primacía de lo útil sobre lo bello —digámoslo así—, fue invirtiendo sus términos, y en 1906, además del premio que se pretendía tuviera periodicidad anual, se instituyeron «dos menciones honoríficas para los arquitectos y propietarios de las líneas de más artística construcción y de mejores condiciones higiénicas» (7). En este mismo año se fijó e imprimió el diploma que distribuiría el Ayuntamiento entre los ganadores, cuya concepción tenía toda la fuerza de una profecía, por cuanto denotaba una clara inclinación hacia las formas platerescas, al reproducir fielmente la portada del convento de las Dueñas de Salamanca. No obstante, aquel neo-renacimiento estaba aún por llegar, y de momento, en 1907, se premió a José Espeliús y Anduaga por el edificio de Velázquez 21, que responde a un planteamiento claramente francés, desde el esquinazo en rotonda hasta las mansardas, pasando por el diseño Luis XV de sus hierros y molduras. En



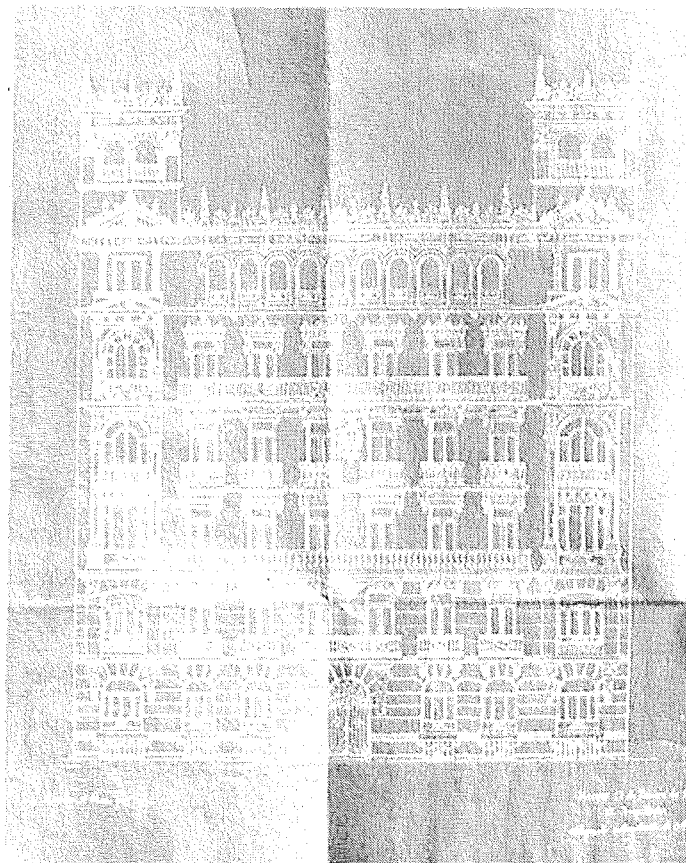
José López Salaverri: casa en Montalbán, 7 (1912).



José García Nieto: casa en la calle Angosta de Monchós (1912).

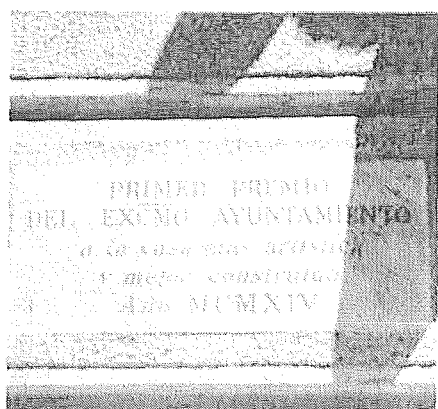


López Salaverri: Casa de Montalbán, 7 (1912).



Izquierda: Proyecto de Manuel Martínez de Abaigro en 1912, para la casa de Abaigro, 38.

Derecha: Detalle del portal de la casa de Abaigro, 38. Manuel Martínez de Abaigro (1914).



Inscripciones en la casa de Abaigro, 38.

realidad, y no siendo malo el edificio, resulta algo rezagado para la fecha en que se produce.

Junto con la obra de Espeliús me consta que se presentaron otros dos edificios en 1907, uno de Mauricio Jalvo y otro de Antonio Palacios. No se si finalmente alcanzarían alguna distinción, pero lo cierto es que bien lo merecía el de Palacios, en la calle Marqués de Villamejor 3, una de las mejores casas que podemos encontrar en aquella zona. A mi entender es uno de los ejemplos más ponderados de la obra de este arquitecto, frenando impulsos megalómanos y

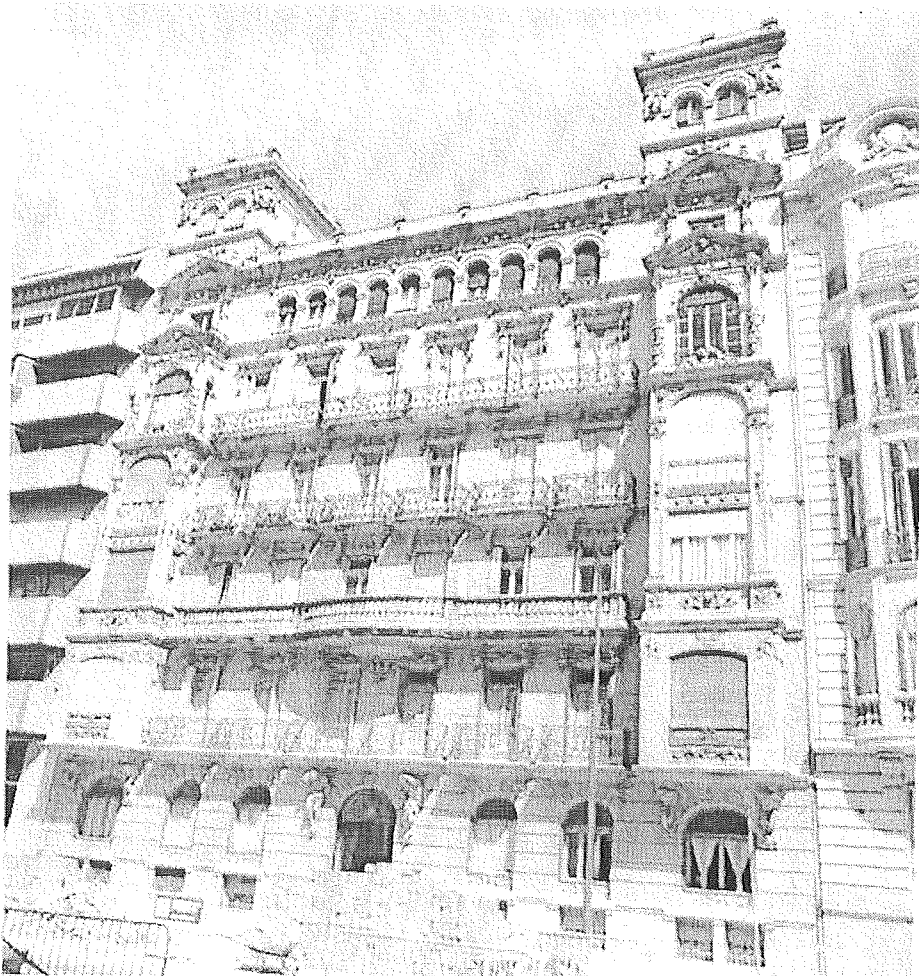
omitendo razones historicistas que no siempre beneficiaron su arquitectura. Quizá el camino señalado en esta casa hubiera sido el deseado en el, pues, se trata de una obra serena y de enorme modernidad, suficiente como para medirse con obras contemporáneas al otro lado de los Pirineos, cosa que, en cambio, no podría hacerse con la ciudad de Espeliús. En la fachada de Palacios no aparece todavía aquellos órdenes gigantes de años posteriores, sino que, por el contrario, la obra está resuelta en acentos horizontales, aparte de los miradores laterales. Hay allí un

gran equilibrio de líneas y pequeños volúmenes con atisbos brutalistas, todo de perfiles netos. El hierro juega un papel importante en los balconajes, de diseño libre e interesante con claras vinculaciones modernistas, al igual que ciertos detalles en relieve de evidente influjo vienés. La solución dada al interior del portal, que se presenta como una penetración de la red viaria, es de gran interés y se sale de lo común.

Al año siguiente, 1908, fueron los Mathet quienes recibieron el premio del Ayuntamiento por el edificio de Mayor 16 (8). Se trata de un buen edificio modernista con influjo francés que fue sede de la «Compañía Colonial», sobre el que en otro lugar escribí que es «de un modernismo templado, con unos característicos cuerpos de flanqueo y grandes remates, de gran riqueza escultórica, amén de los hierros y unos paños cerámicos —del estilo de Daniel Zuloaga— con las flores del Te, Cacao y Café, como elementos propagandísticos de los productos coloniales. El simbolismo de la fachada, y especialmente del portal, es notable, haciendo referencia sus relieves al Comercio e Industria encarnados por unos bellos desnudos de hombre y mujer respectivamente, y ambos en torno al caduceo y la rueda dentada» (9). Este fue el primer premio que

abiertamente recibió el modernismo en Madrid, si bien, ya había en la ciudad otros ejemplos, incluso superiores, como el palacio de Longoria de Grases, la casa de Pérez Villamil de Reynals, o el café Dorée de los mismos Mathet, pero desconoce su posible distinción en estos años iniciales.

Al arquitecto Julio Zapata se debe la casa de vecinos de Alcalá 117 —premiada en 1909—, cuya fachada tiene elementos tectónicos muy similares al número 119 que muy bien podría ser también suya. Su calificación como ecléctica define en este caso una débil ligazón estilística, con algunos elementos pinjantes al modo vienes sin apenas importancia, al tiempo que los hierros del doble hueco del portal traducen un diseño modernista. Sin embargo, no cabe considerar este edificio dentro del modernismo, sino que, responde a un momento claramente posterior. Creo que ésta sería una de las primeras (?) casas de Madrid en que se advierte el cambio producido en la ordenación y relación de los huecos de fachada, especialmente en la que podríamos llamar duplicación de la planta noble, por la superposición de dos «principales» cuya jerarquía se traduce al exterior con sendas balcones. Es este un rasgo que no vemos en la arquitectura doméstica



Edificio de Almagro, 38. Fachada.



Edificio de Almagro, 38. Detalle de la Fachada.



Edificio de Almagro, 38. Interior.

de nuestro siglo XIX. Como personalmente pienso que Antonio Palacios influyó bastante en la arquitectura madrileña que vio levantar en la plaza de la Cibeles el Palacio de Comunicaciones, es frecuente encontrar en los edificios de aquellos días ciertos detalles —exigidos por el propietario o filtrados en el proyecto por un elemental fenómeno de mimesis— tales como aquellos escudos sin blasones que timbran las partes altas de los edificios o los portales, como ocurre en la obra de Zapata que comentamos.

Que los premios no debían de estar claros, tanto en el fin perseguido como en su regularidad y cuantía, lo demuestra el hecho de que en el mismo año de 1909, un grupo de concejales, encabezado por Facundo Dorado, presentara al Ayuntamiento un escrito del que transcribo los párrafos siguientes: «Con objeto de estimular el gusto a las Bellas Artes, cumpliendo un fin social muy propio de las facultades tutelares que por su naturaleza deben de ejercer los Ayuntamientos y para fomentar la plausible competencia que se viene observando entre los propietarios en el adorno de sus fincas, sin descuidar los preceptos de higiene en el interior, sino al contrario, pues el decoro y la suntuosidad externos hacen que los servicios y condiciones de la casa estén lógicamente con aquellos en adecuada relación, todo lo cual redundará en beneficio de la Villa, cada vez más hermosa, *el Excelentísimo Ayuntamiento establecerá premios anuales para las fincas mejor construidas y más bellas, en la forma que por la Corporación se determine*» (10). Estas últimas líneas hacen pensar inequívocamente que todavía no se había estipulado el carácter anual del premio ni determinado su reglamentación.

Sin duda aquella debía ser la verdadera situación, puesto que una serie de ponencias presentadas al Ayuntamiento con objeto de reglamentar estos concursos, revelan aún la poca madurez del proyecto y la disparidad de opiniones, ya que no se estaba de acuerdo sobre si premiar el «arte» de las fachadas, los materiales empleados en ellas o la calidad de la edificación. Para Luis Sáinz de los Terreros debía de establecerse un premio anual para «la mejor edificación» y dos menciones honoríficas para «las fincas cuyas fachadas artísticas» lo mereciesen a juicio del Jurado. Es decir, el primer premio debía de unir arte y técnica, y las

Menciones podían prescindir de lo segundo (!). En cambio, para el también arquitecto Félix de la Torre, la escala de valores era muy distinta y debía de depender del material empleado, imaginando torpemente que en la calidad de los materiales residía el grado arquitectónico de un edificio. Esta actitud, que hoy denunciaríamos como abiertamente clasista, marginaba la mejora posible de las viviendas de las clases menos acomodadas, al tiempo que traduce una idea muy primaria de lo que es la Arquitectura. No puedo por menos de reproducir la jerarquía arquitectónica que imaginaba Félix de la Torre: «El primer premio que se adjudicará al edificio cuya fachada sea construida en piedra de sillería natural que sea digno de tal distinción, será de 10.000 pesetas en metálico y una medalla de oro. El premio segundo para la edificación, también en piedra de sillería, al edificio que siga a aquél en mérito, y consistirá en 5.000 pesetas y medalla de plata dorada, con sus diplomas correspondientes. El tercero, de 4.000 pesetas para la mejor fachada de ladrillo y piedra de sillería con exclusión de otros materiales similares. Medalla de plata. El cuarto, de 3.000 pesetas, a la mejor fachada de casa-habitación construida en mampostería, con ladrillo o piedra. Medalla de plata. El quinto, de 2.000 pesetas, para la mejor fachada construida en ladrillo al descubierto. Medalla de bronce. Un premio de 1.000 pesetas, que se entregará al arquitecto autor del proyecto y director de las obras, pero no al propietario, de la fachada de más mérito artístico construida en el año, cualquiera que sea el material empleado» (11). Para colmo nuestro arquitecto pedía un jurado compuesto por cuatro concejales y un arquitecto municipal. Afortunadamente pasó más la propuesta de Sáinz de los Terreros, que pedía además un jurado competente en los términos que se apuntaron al comienzo de este trabajo, y se aprobó su propuesta en líneas generales el 23 de febrero de 1912, modificadas luego el 31 de diciembre de 1913, para finalmente introducir leves cambios el 5 de marzo de 1915.

Destilando lo más importante de esta nueva y nunca segura normativa, indicaré que a lo ya dicho se sumó un nuevo criterio de valoración en relación con el origen, uso y destino del edificio, es decir, se procedió a dividir la construcción urbana en cuatro grupos, cada uno de

los cuales tenía su propio premio y consideración independiente: a) «La casa-hotel o palacete aislado unifamiliar; b) La casa lujosa de alquiler con todo género de comodidades, para gentes bien acomodadas; c) La casa modesta, humilde, de cuartos baratos, pero con buenas condiciones higiénicas; d) El antiguo edificio, restaurado para instalación de oficinas» (12). Creo que los dos últimos puntos son altamente positivos por cuanto dan cabida a dos temas fundamentales, el de las viviendas baratas y la recuperación de viejos edificios de interés.

Con todo, el concepto de los premios no fue siempre el mismo, al tiempo que constantes irregularidades retrasaban el fallo del jurado unos dos años. Así los premios concedidos en 1914 correspondían a los edificios terminados en 1912. El jurado de aquel año, además del vizconde de Eza como Alcalde que era, lo componían los siguientes nombres: Repullés por la Sociedad Central de Arquitectos, Landeche por la Academia de San Fernando, Carnicero, Domínguez Ayerdi y Antonio Rosado por las Comisiones de Obras, Ensanche y Monumentos del Ayuntamiento, Sáinz de los Terreros por la prensa especializada —dirigía la revista «La Construcción Moderna»— y Mariano Martín Fernández —Secretario de la Asociación de la Prensa— por la prensa diaria. Veamos qué arquitectura premió aquel jurado (13). El primer premio se concedió a la «casa-palacio» del marqués de Cubas, Castellana 17, proyectado por José María Mendoza y Ussía en un estilo que no hubiera complacido en absoluto al primer marqués de Cubas, cuya arquitectura estuvo siempre alejado del eclecticismo débil que muestra este edificio. Pienso que al margen de otras consideraciones extraarquitectónicas que pudieran hacerse para justificar este premio, quizá pudo pesar mucho el hecho de sus magníficas instalaciones interiores, posiblemente sin igual en Madrid en aquel momento. La limpieza se hacía «eléctricamente» y al parecer fue el primer edificio privado en Madrid que contó con una centralita telefónica que comunicaba las principales dependencias (14).

El Hotel Palace recibió igualmente un primer premio, dentro de un grupo aparte, viniendo a solucionar problemas graves que Madrid tenía planteados para el alojamiento de viajeros. Su arquitecto no fue Ma-

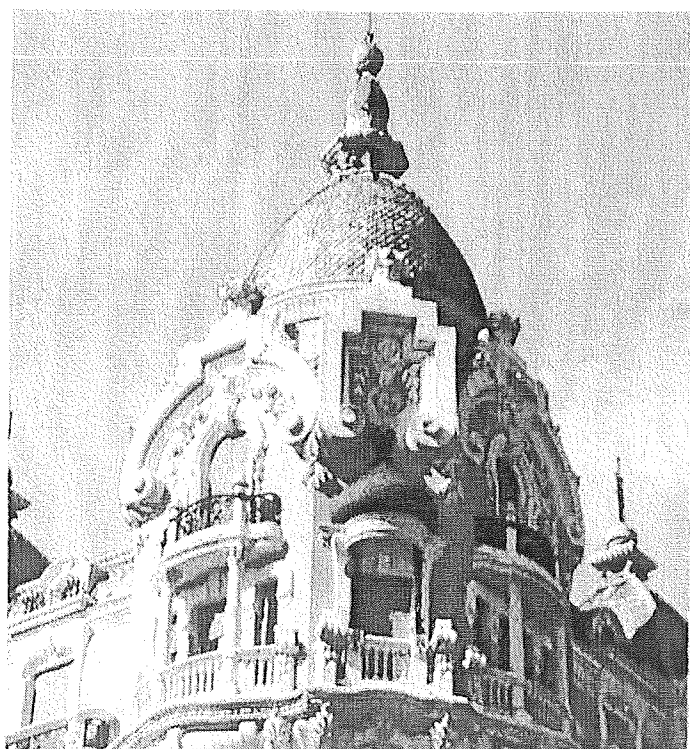
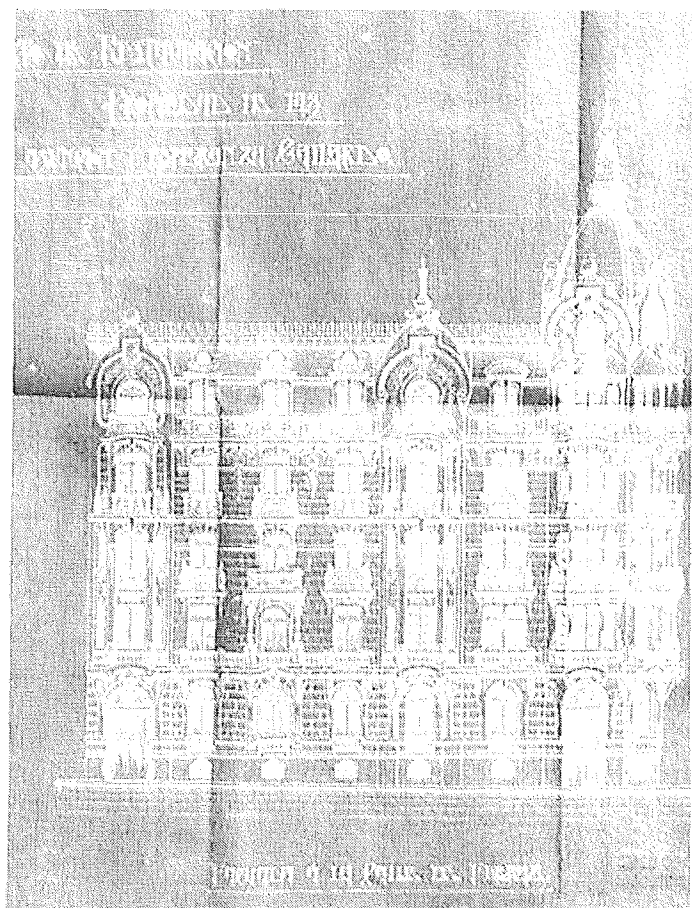
nuel Álvarez Naya, como se publicó en su día y desde entonces se repite erróneamente, sino el arquitecto catalán Eduardo Ferrer Puig que hizo el proyecto en Bélgica por cuenta de la empresa, reclamando para sí el mérito una vez conocida la decisión del jurado en carta dirigida al Ayuntamiento (15). De todos es conocido este edificio masivo (del que siempre me ha extrañado la preferencia de un ángulo a la plaza de las Cortes, frente a las posibilidades ofrecidas por la fachada que mira a la plaza de Neptuno y Paseo del Prado, para organizar su entrada principal), que marcaría un hito en la técnica edilicia de nuestra ciudad al emplearse allí —como antes se había hecho en el edificio de «La Unión y el Fénix» de la Gran Vía— el hormigón armado. Su fisonomía entra dentro de lo que en aquellos días se llamaba «estilo francés moderno».

En el capítulo de «casas de alquiler» recibió el primer premio la obra de López Sallaberry, en Montalbán 7, quien dotó a un edificio de gran empaque y frecuente en aquella zona, de ciertos detalles modernistas, destacando el interior del portal, bastante conservado y algo ingenuo en el friso alto.

Al mismo tiempo alcanzó una mención honorífica la casa en la ca-



Federico Arias Rey: Casa de las Hermanas Gallardo en Ferraz, 2 (1914).



Federico Arias Rey: Proyecto de 1911 para la casa de las Hermanas Gallardo en Ferraz, 2 (1914). A la derecha, detalle del edificio.

Modelo de López Otero: casa del escritor Miguel Blay (rehabilitada) en la calle del Pinar. (Franchada al Jardín, 1915.)



lle Angosta de los Mancebos, con vuelta a Granada, obra de José García Nieto. El edificio repite un plan monónico, con la novedad de incorporar algunos temas decorativos colgantes «modernos».

Dentro de este mismo año, 1914 —en realidad 1912— hay que citar la mención honorífica de que fue objeto el chalet de Manuel Cristóbal Mahas, en la Dehesa de la Villa, obra del arquitecto García Naya. En la memoria presentada se define bien tanto su ambición racionalista —«los años pasarán por esta construcción, simplísima en su factura, sin que se descubra ningún posito que oculte elementos de poder inferior. Todo aparece tal cual es.»— como su posible filiación —«Había de tener los atractivos del *home*, unido a exotismos de constituciones campesites alemanas o suizas»— (16).

El mismo jurado prácticamente fue el encargado, en 1915, de juzgar las obras terminadas en 1913, cuando fueron premiadas Manuel Mendoza por la «casa-hotel» en la antigua calle Abascal 47-49; Joaquín Rojí, por la magnífica «casa de alquil» en la plaza de las Cortes propiedad del marqués de Amboage y que hoy ocupa la sociedad «Plus Ultra».

toda ella de fuerte influjo francés que el propio Rojí declara (17): José Camarero por la «casa higiénica de alquiler» de Luror 46; y por último Luis Bellido por la «restauración» de la Casa de Cisneros (18), obra esta que hizo con mucho acierto y gran respeto hacia el entorno urbano (19). Este último edificio —prácticamente nuevo a pesar de su condición de «restauración»— señala por otra parte un momento especialmente crítico en nuestra particular historia de la arquitectura, pues expresa el sentir de todo un sector de nuestros arquitectos, y aún difunde mas, de un sector importante del país, de clara tendencia nacionalista frente al colonialismo arquitectónico que traducía una hipoteca aún mas profunda y grave (20). La reforma de Bellido había merecido ya un premio, en 1911, de la Sociedad Española de Amigos del Arte, obteniendo luego una Segunda Medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes. El estilo renacimiento como imagen que reflejaba un glorioso pasado fue imponiéndose por sugerencia de patronos y ofrecimiento de arquitectos, creando así un estilo «remordimiento», atormetado y de dudoso gusto, que médicos, abogados y militares adoptaron en sus

despachos, bufetes y cuarteles. Llegando incluso a instalarse sin rubor en el interior del Palacio Real, en una gran pieza donde creó tenían lugar proyecciones cinematográficas. Utrios fue el primero en acilmar entre nosotros este «revival» tras el éxito obtenido con el pabellón español en la Exposición Universal de París de 1900, y ahí están las casas de la calle del Barquillo para atestiguarlo (21). Pero a ello hay que sumar ahora la actitud de hombres como Lampérez, arquitecto e historiador de nuestra arquitectura, que lograron crear un clima en el que fue posible la proliferación de este neoplatereesco. Lampérez había afirmado en una célebre conferencia dada en el Ateneo, en el año 1911, que ante la imposibilidad de dar con un nuevo estilo moderno «el único camino es el nacionalismo, la adaptación de los estilos tradicionales». En aquel mismo año Eladio Laredo hacía el pabellón español en la Exposición Internacional de Arte de Roma siguiendo el «estilo Montecrey».

«...ge así todo un plateresquismo sumantino, evidentemente nostálgico, que logra un reconocimiento público con el premio otorgado por nuestro Ayuntamiento al edificio de

Almagro 38, terminado en 1914, pero considerado ahora en 1916. Su arquitecto, Augusto Martínez de Abaria, afirmaba en la memoria del proyecto que el edificio «responde a un estilo determinado como es el renacimiento». Los recuerdos del palacio de Monterrey de Salamanca son evidentes, valiéndose del auxilio del escultor Sixto Morer para la ejecución de los relieves y detalles decorativos. No me resisto a recordar aquí el trasfondo animico, y no sólo caprichoso, que estas opciones podían tener en ciertos casos y cuyo análisis sería muy largo, pero sirvan estas palabras de Unamuno a modo de posible planteamiento: «esta mi torre de Monterrey me habla de nuestro Renacimiento, del renacimiento español, de la españolidad eterna, hecha piedra de visión, y me dice que me diga español y que afirme que si la vida es sueño, el sueño es lo único que queda, y lo otro, lo que no es sueño, no es más que digestión que pasa, como pasan el dolor y el goce, el odio y el amor, el recuerdo y la esperanza...» (22).

El propio Martínez de Abaria seguiría insistiendo en este neoplatereesco hasta muy tarde, como puede verse en la casa de Fortuny 37, que data de 1922. Entre tanto otros muchos edificios y arquitectos continuarían por aquel camino que en ocasiones alcanzarían aires estrambóticos, tal y como ocurre en el primer tramo de la Gran Vía, donde quizá destaca el edificio del arquitecto C. Yradier, de 1917, que cuenta con un buen artesanado (forja, madera y cerámica de Talavera) pero de discutible integración arquitectónica y mal encaje urbano. Por fortuna también se oyeron voces disidentes, como las de Torres Balbás desde los primeros números de la revista «Arquitectura» —aparecida en 1918— o más tarde las de Luis Lacasa, condenando igualmente «los Monterreys en edificios públicos y privados» (23).

Volviendo a estos premios de 1916 diré que el tiempo que se distinguía el mencionado edificio de Martínez de Abaria, el mismo jurado otorgaba otro premio a un edificio tan dispar como el de las Hermanas Gallardo, en Ferraz 2, obra del arquitecto Federico Arias Rey y que ya estaba terminado en 1911. Este edificio es un claro eco entre nosotros de la etapa final del modernismo anterior a la Primera Gran Guerra, cuando tomando una postura más moderada que en sus años iniciales, se alió al



Modesto López Otero: Casa de Juan Cisneros, Fortuny, 35 (1915).

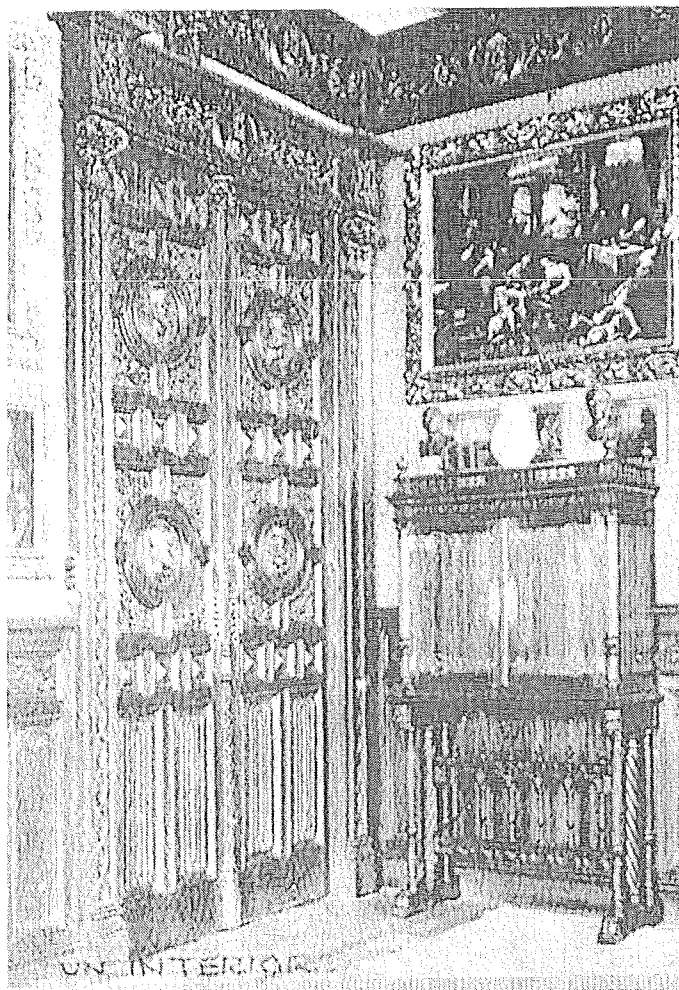
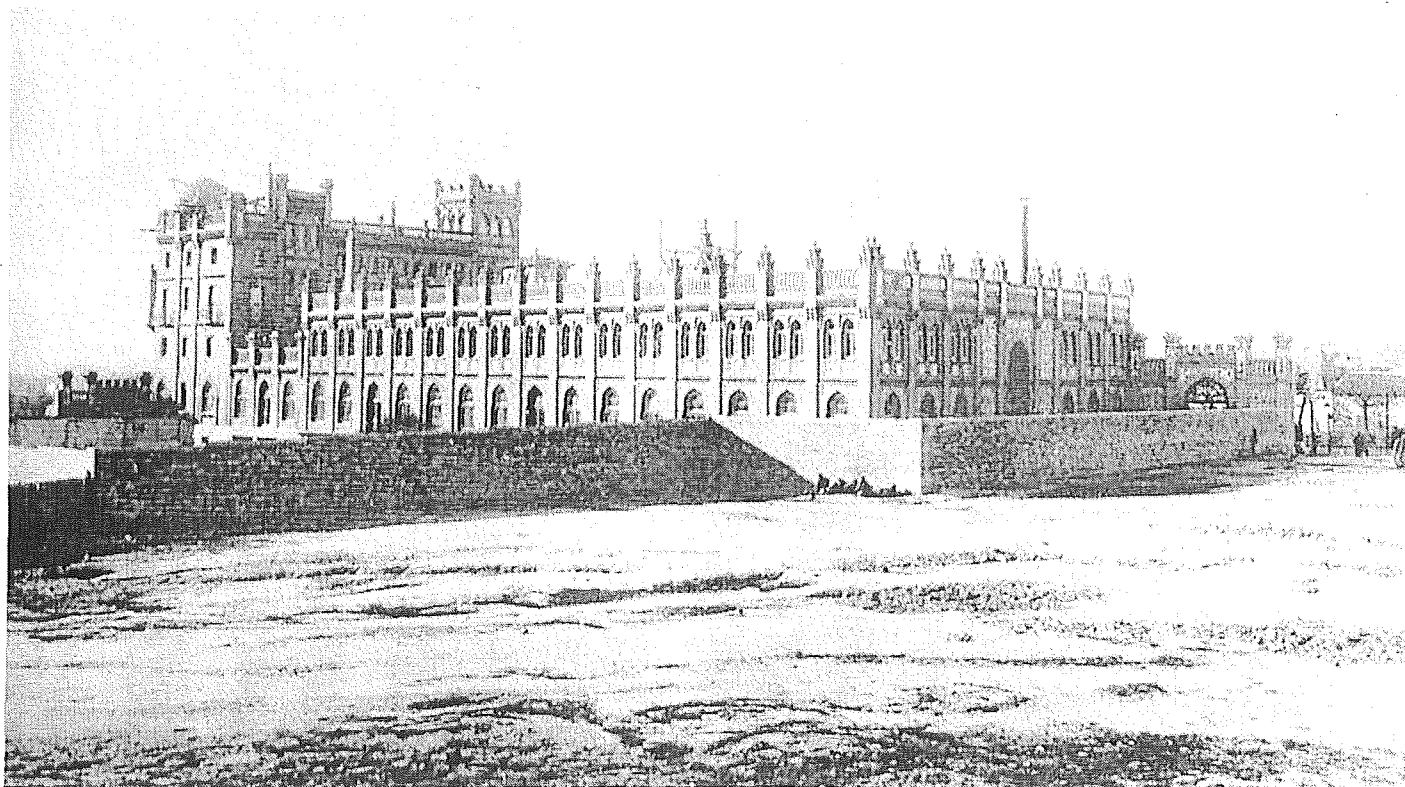


Foto inferior: Detalle del interior.

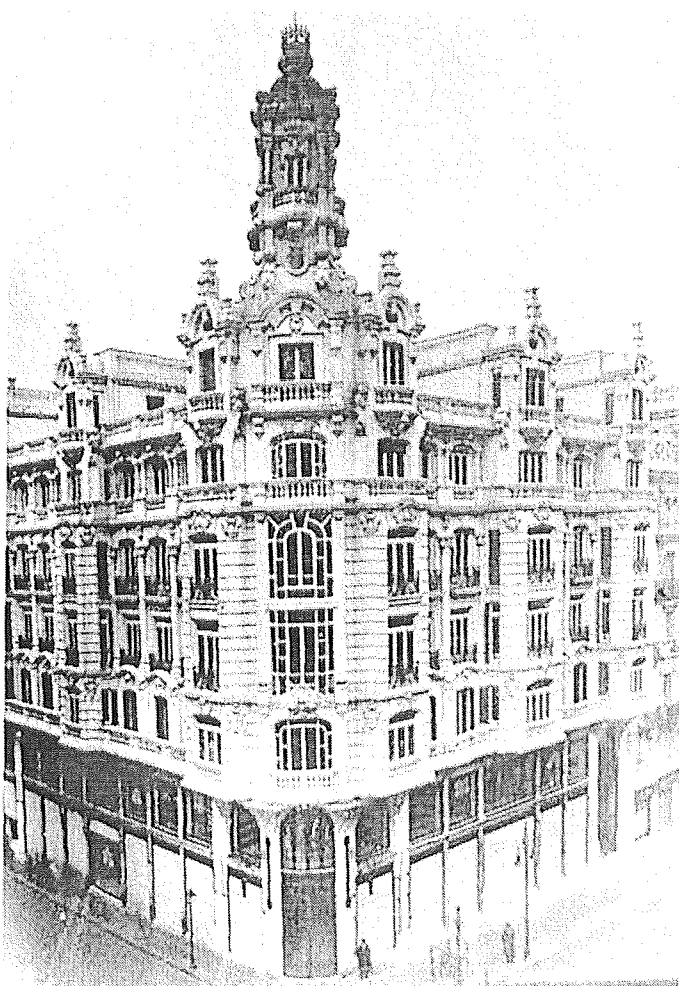


Amós Salvador y Carreras: Fábrica Gál (1915).

eclecticismo depurado y burgués del París de fin de siglo, tal y como allí deja ver un Lavirotte.

Probablemente a partir del concurso de 1917, para analizar las obras terminadas en 1915, se puede percibir un cambio alentador en la actitud del jurado, pues aquel año se premiaron a dos arquitectos de primerísimo orden y de significación distinta: Modesto López Otero, que suponía una renovación desligada de historicismo, y Amós Salvador y Carreras, que intentaba por su parte una revisión del propio historicismo como alternativa viable.

López Otero, que hacía poco se había recibido de arquitecto, consiguió en esta ocasión dos premios a la vez, el primero por la casa-estudio del escultor Miguel Blay, y el segundo por la casa del médico Juan Cisneros en Fortuny 35. La casa de Blay se encontraba en la calle del Pinar con vuelta a María de Molina (24) y hoy sólo lo conocemos a través de viejas fotos (25), en las que se ven unos sólidos volúmenes donde, a mi juicio, se dejan ver una vez más influencias de Antonio Palacios, y muy concretamente del llamado Hospital de Maudes. Estas semejanzas las encuentro en el empleo peculiar del aparejo rústico, con cierto sentido naturalista, en los elementos de apoyo que se simplifican al tiempo que se embrutecen, en el tipo de arcos, en el reforzamiento de los esquinales, organización de



Julio Martínez Zapata: Gran Vía, 16 (1916).

costura del historicismo que inició en el pasado siglo Rodríguez Ayuso, y interesantes de la arquitectura madrileña del primer cuarto de siglo, en el que resultaba absolutamente válida la reutilización de formas historicistas por su original y moderna concepción. ¡Qué diferencia con respecto al mencionado edificio de Smith!

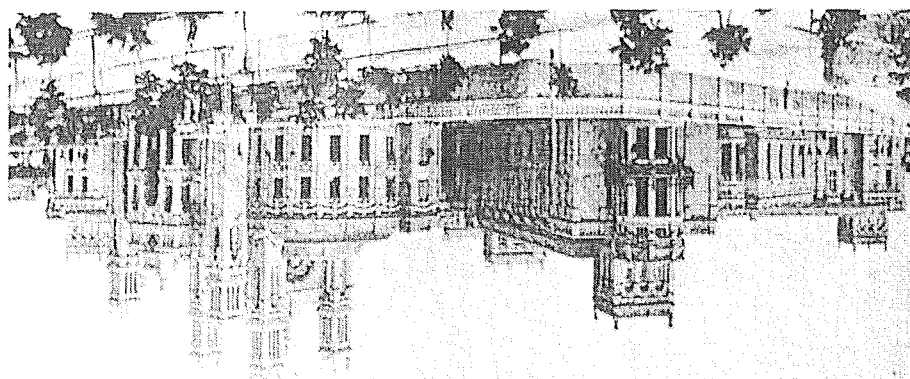
Por último hare referencia al con- curso de 1918, el último del que la actualidad poseo datos concretos, donde se enjuició la obra terminada en 1916. Allí fueron distinguidos, en primer lugar, Palacios y Clamendi por el Hospital ya mencionado de San Francisco de Paula para jornaleros, piadosa fundación de Dolores Romero y Arano, obra muy estima- ble y suficientemente conocida, si- bien no está exenta de amenaza cuando, por el contrario, debiera ha- cerse lo posible por asegurar su con- servación. Así mismo el segundo premio fue para Gonzalo Iglesias Sánchez-Solórzano, por una casa en Velázquez, y el tercero para Julio Martínez Zapata por la casa de la Gran Vía 16, al tiempo que también recibía una mención honorífica por

enlabramientos, y de nuevo en los escudos vacíos, si bien aquí van unas cubiertas que no utilizaba Patacos. El segundo edificio, el del médico Cisneros, es una obra muy distinta que denota un período de formación en López Otero, dando entrada a formas conocidas y tomadas del repertorio vienes contemporáneo. No obstante, incluyó en la fachada un friso de cerámica, de sobria entonación azul con roles de dibujo renacentista. Pienso que una vez más el propietario exigió aquí un «estilo» de tal manera que el interior, así como la fuente del jardín, se hicieron renacentes, desvirtuándose de este modo una obra que prometía traer aires nuevos. No dejaré este edificio sin recordar que se halla en una manzana muy señalada, pues además de ser colindante con el edificio de Martínez de Abarría en la calle de Fortuny, da la espalda a otro premio del Ayuntamiento —desconozco el año exacto— y que tiene su fachada principal a la calle de Almagro. Me refiero al que hoy ocupa «Cristalería Española, S. A.», obra del arquitecto Manuel María Smith (26). Para mí se trata de un edificio absolutamente discutible, fuera de tiempo y lugar por sus alusiones historicistas y regionalistas, al que cuadra bien un adjetivo muy en boga: «kitsch».

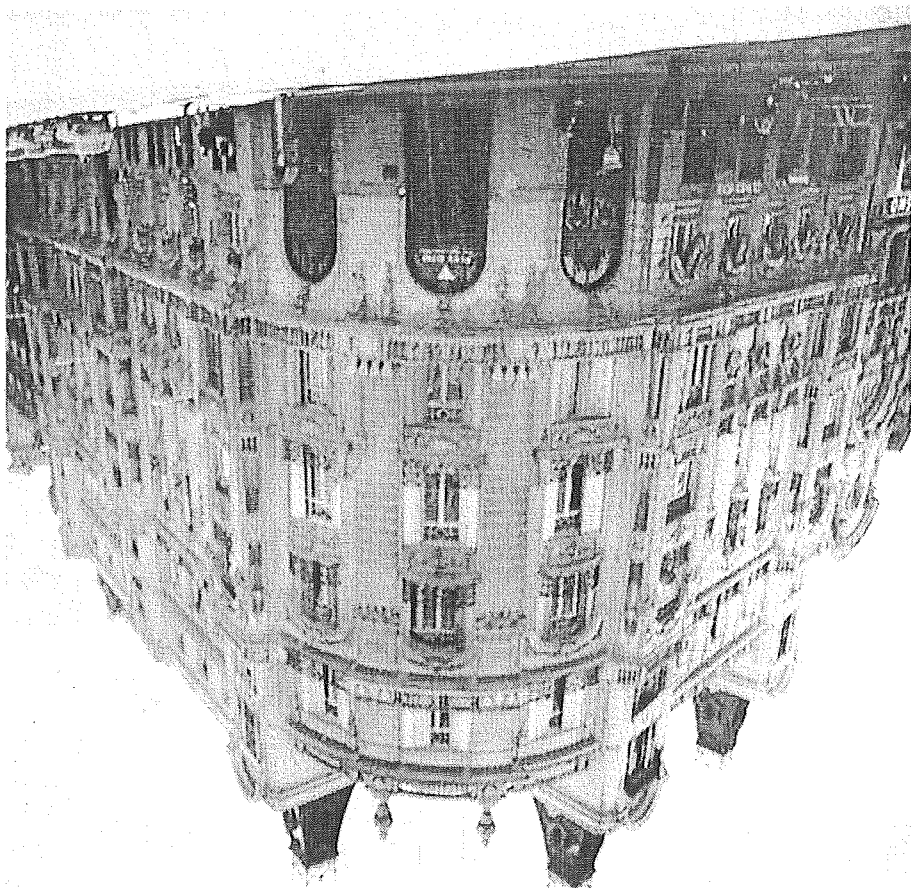
El jurado que actuó en 1915 concedió además un premio extraordinario a Amós Salvador y Carreras por un edificio industrial, la fábrica Gal, salitándose así la rigidez de los grupos anteriormente señalados. El juicio de aquel jurado da idea del objetivo de este arquitecto que era «un paladín de la renovación de la arquitectura española en las distintas regiones de la Nación, por medio de los estilos locales. Mas como estos no pueden emplearse ahora como en

En las respectivas épocas, por tener que ser adaptados con procedimientos que se apropiados y para satisfacer necesidades, es preciso alterar proporciones y hasta formas, lo cual es difícil sin desnaturalizarlas. Y esto es lo que ha realizado el señor Salvador, en este edificio, con nuestro Arte Mexicano, tan español, al satisfacer las necesidades de una fábrica» (27). La fábrica Gal representaba una de las últimas consecuencias de una economía que se expresaba en la

Publinter y Osmenith: Hospital de San Francisco de Paula, en Remedio General Villaverde
(1976).



Langueen Kopti: Chua en la Pluma de las Cortes, hoy agitada por la Sociedad «Plus Chien» (1915).





Eduardo Sánchez Eznarriaga: Centro del Ejército y de la Armada, en la Gran Vía (1916).

torrecillas altas de flanqueo y el revoco grisáceo de la fachada, el edificio deja mucho que desear.

Todavía hubo otras menciones honoríficas aquel año: dos para Repullés, por sendas casas en la calle de Lisboa 8 y 10, y una para Sánchez Eznarriaga, por el Centro del Ejército y de la Armada. De las dos obras de Repullés la más interesante era el hotel que hacía esquina con el paseo de Rosales, siendo de nuevo «El estilo decorativo del edificio el del Renacimiento, con amplio mirador de columnas en el ángulo de fachada del piso principal; el patio central con columnas, arcos y enjutas de talla, zócalos de azulejos y techo de cristales encasetonado; el (patio) andaluz de ladrillo con azulejos, alambillas y rejas de época; y el comedor con una gran chimenea de cerámica, zócalo y techo artesonado...» (28).

La mención que queda por recoger es la que correspondió a Eduardo Sánchez Eznarriaga por el llamado Casino Militar, en la Gran Vía, con vuelta a Clavel y Caballero de Gracia, justo en la diagonal con el men-

cionado edificio «a la francesa» de Martínez Zapata y, como aquél, también llevado de un cierto eclecticismo en la misma dirección, con detalles tanto en el interior como en la fachada de muy dudoso gusto.

¿Cuál podría ser el balance de estos premios municipales? Creo que, como la propia arquitectura denuncia, revelan una gran indecisión de criterio, común por otra parte a otras latitudes. Inicialmente se distinguieron algunos edificios modernistas que suponían una novedad absoluta, valiente y contestada; se aceptó y premió la moda francesa porque de algún modo representaba un estilo internacional de buen tono; se apoyó el plateresco como refuerzo espiritual y exigencia nacionalista; y sólo ocasionalmente se tuvieron en cuenta algunos intentos renovadores como los de Palacio y López Otero. Para terminar añadiré que toda esta arquitectura está más ligada a la problemática del siglo XIX —pese a las innovaciones técnicas o estilísticas—, que a nuestra arquitectura contemporánea, la del siglo XX, que comienza, realmente con el racionalismo en los años 1920.

NOTAS

la casa que preside la Red de San Luis, entre Fuencarral y Hortaleza. Pese a ser ambas del mismo arquitecto y proyectadas simultáneamente, muy poco tienen que ver entre sí. La del número 16 de la Gran Vía, con vuelta a Clavel y Reina, encarna en el primer tramo de la Gran Vía el ya citado «estilo moderno francés» desvirtuado tan sólo por el remate sobre la esquina de un barroquismo espectacular, y por la vuelta al plateresquismo del portal —en su interior— quizá contagiado por el edificio neoplateresco del número 14 en la misma mano. Al parecer el edificio de Martínez Zapata fue la primera casa de vecindad terminada en la Gran Vía, entonces Conde de Peñalver, si bien la parte baja, como es normal, estaba dedicada al comercio, como indica el caduceo varias veces repetido en sus tres fachadas. La otra obra de este mismo arquitecto, y que sólo recibió mención honorífica, fue durante algún tiempo el edificio de mayor altura de la zona hasta que a su vera creció el de la Telefónica. La obra resulta algo ambiciosa, pues queriendo ganar volumen y altura no se supo resolver adecuadamente y de ello se resiente. Actualmente, tras el derribo de las

(1) Bohigas, O.: «Unos premios de arquitectura y decoración. Los premios F. A. D. y los antiguos premios del Ayuntamiento», *Revista*, 23 de mayo de 1959, n.º 371, págs. 6 y 7.

(2) Rubio, C.: «La Carrera de San Jerónimo», *Andes del Instituto de Estudios Madrileños*, Tomo VII, 1971, pág. 111. La autora de este trabajo cita un premio del Ayuntamiento otorgado al Banco Hispano-Americano, obra de Eduardo de Adaro.

(3) Archivo Municipal, Sig. 19-70-16.

(4) «La construcción premiada deberá reunir todas las condiciones exigidas en el Bando de esta alcaldía de 5 de octubre de 1898, Instrucciones dictadas por la misma, en igual fecha, para su ejecución, y Real Orden de 13 de julio de 1901, respecto al aislamiento de redes de desagüe... perfeccionamiento de todos los servicios de baños, retretes, calefacción, ventilación, alumbrado, salida de humos, purificación del aire, y de las habitaciones, distribución interior, materiales invertidos para la solidez, revestimiento y decorado de habitaciones, que más se acomode a las reglas de higiene...»

(5) *Boletín del Ayuntamiento de Madrid*, 19 de julio de 1903, págs. 661-662.

(6) Cf. reproducción en *La Construcción Moderna*, 1906, pág. 450.

(7) Archivo Municipal, Sig. 19-70-16.

(8) Archivo Municipal, Sig. 19-70-18.

(9) Navasencs Palacio, P.: «Opciones modernistas en la arquitectura madrileña», *Estudios Pro Arte*, enero-marzo 1976, págs. 6 y ss.

(10) Archivo Municipal, Sig. 19-70-16.

(11) Sáenz de los Terreros, L. y Torre, F. de la: «Premios a la construcción», *La Construcción Moderna*, 1913, págs. 113-116.

(12) Archivo Municipal, Sig. 19-70-26.

(13) *Boletín del Ayuntamiento de Madrid*, 5 de enero de 1914, págs. 4 y 5.

(14) Archivo Municipal, Sig. 19-70-21.

(15) Archivo Municipal, Sig. 19-70-25.

(16) Archivo Municipal, Sig. 19-70-20.

(17) Archivo Municipal, Sig. 19-70-29: «El estilo general de la finca es el Luis XV, estableciendo perfecta armonía entre el exterior y el interior de la misma».

(18) Sobre otros aspectos complementarios de este edificio cf. Corral, J. del: *Guía de la Casa de la Villa y de la Casa de Cisneros*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1970.

(19) Archivo Municipal, Sig. 19-70-29.

(20) Navasencs, ob. cit., pág. 24 y ss.

(21) Navasencs Palacio, Pedro: *Arquitectura y arquitectos madrileños del siglo XIX*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1973, pág. 314 y ss.

(22) De «La torre de Monterrey a la luz de la helada», en *Andanzas y visiones españolas*, ed. 10ª de E. Calpe, Madrid, 1975, pág. 197.

(23) Luis Lucasa, *Escritos, 1922-1931*, Madrid, COAM, 1976, pág. 162.

(24) Entre López Otero y Miguel Blay debía de existir ya una larga amistad cuando éste le recibió en la Academia de San Fernando. Cf. Sánchez Cantón, F. J.: «Modesto López Otero», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1963, pág. 9.

(25) Archivo Municipal, Sig. 20-72-5.

(26) Loredó, R.: «La arquitectura» en *la Historia del Arte de K. Woermann*, vol. VI, Madrid, 1925. Loredó cita allí, en la página 659, este premio, pero no da su fecha, al igual que ocurre más adelante con el obtenido por Gato Soldevila por su casa en Zurbano 11.

(27) Archivo Municipal, Sig. 20-72-1.

(28) Archivo Municipal, Sig. 20-72-14.